



# La Lectura Popular

AÑO XVI

Orihuela 1 de Setiembre de 1898.

Núm. 361

## LA IGUALDA

JUAN. Buenas noches.  
 GASPAR. Ola Juan.  
 ¿Quiés cenar? llegas á tiempu.  
 JUAN. ¿Pa' qué? Pa borroña y fabes?  
 si foren bonos torreznos!  
 GASPAR. Que nunca falten las habas  
 permita Dios de los cielos;  
 muy á lo grande estás hoy.  
 JUAN. Me cansé de ser pequeñu.  
 ¿Acasu non es de todos  
 este mundo en que nacemos,  
 como reza este papel  
 que me dieron en Oviedo?  
 GASPAR. Guapu papel será ese  
 cuando sales tan soberbiu.  
 JUAN. Tio Gaspar, poquito á pocu  
 que lo que diz este impresu  
 son verdades como puños.  
 GASPAR. De Dios nos venga el remediul  
 JUAN. Qué Dios ni qué calabaces!  
 Dios y los Santos son cuentos,  
 discurren por los cures  
 que medraron bien con ellos.  
 Ya se acabó pa los ricos  
 el fartarse con lo nuestro,  
 ya todos semos iguales  
 y vendrá el repartimentu  
 que acabará de una vez  
 con todos los fanegueros  
 que folguen, mientras nosotros  
 curtimos nuestro pelleju  
 que ya les daremos duro  
 antes de muy poco tiempu,  
 que para eso me apunté  
 en el libru comuneru  
 que nos enseñó un francés  
 á min y á Pachu Ferreros.  
 GASPAR. Noventa años voy facer  
 allá para el mes de Enero  
 y aunque fuí soldau rasu  
 y recorrí tou el reinu,  
 nunca blasfemi es mayores  
 oí, sinon cuando neñu  
 que á mios oidos llegó  
 el estampidu tremendu  
 que el demonio pegó en Francia

bamboleádo el mundo enteru  
 y era el amu de las almas  
 y trajo al mundo el infernu.  
 Arremetió contra Dios  
 contra los curas y templos:  
 saqueó palacios y casas  
 barriéndolas pol cimientu;  
 esfarrampió cuanto quiso  
 y cebóse en el degüellu,  
 fasta que fizo correr  
 rios de sangre por el suelu.  
 En ella se revolcaban  
 en sin cabeza, los mismos  
 que habin dao más berrides  
 que allí, Juan, no hubo respetu  
 de unos para otros, allí  
 era Satanás el dueñu  
 y quiso arrojar á Dios  
 pa ponerse él en su puesto.  
 Por eso sus partidarios  
 decian: «Dios es un cuentu»  
 ¿Un cuentu! ¿Quién dió la vida?  
 Juan ¿el mundo quién lu fecho?  
 ¿Cómo nacen estes fabes?  
 ¿Cómo se cria por dientro  
 del oricú la castaña?  
 Ven pa el corral; mira al cielo  
 ¿Quién puso en eses altures  
 Eses estrelles sin cuentu?  
 ¿Dónde está el sol? ¿de qué es?  
 ¿Por qué no muere su fuego  
 como mueren los de acá?  
 ¿Quién le face estar ardiendo  
 desde que el mundo fué mundo?  
 ¿Por qué no cae en el suelu?  
 ¿Quién alborota la mar?  
 ¿Quién asujeta los vientos?  
 Y de aquesta inmensidá  
 ¿quién lleva, Juan, el gobiernu?  
 Ese Dios tan ofendidu  
 del hombre vano y soberbiu  
 que face un carro ferril  
 porque Diosle empriesta el fierru  
 y aunque se guelva tarumba  
 y pasen siglos enteros  
 nunca hará un grano de trigu  
 ni la hoja de un almendru.  
 JUAN. Pero entonces ¿cómo es  
 que el mundo está sin gobiernu,

que vivimos sofocaos  
 y trabajamos lo ajeno  
 pa que engorden los señores  
 con el sudor de los pueblos?  
 Así lo diz el papel  
 con que, ó lo de Dios es cuentu,  
 ó tienes que confesar  
 que Dios no se mete en eso.  
 Desnudo nace el marqués  
 y desnudo el zapateru  
 pido la igualdá pa todos  
 ya que iguales todos semos.  
 GASPAR. Tambien desnudo nació  
 el Señor del Universu  
 y por no tener pañal,  
 en cuatro pajas fué envueltu.  
 Desde el pastor hasta el rey  
 lo adoraron y lo vieron:  
 llorando vino á este mundo;  
 pelegrinando y sufriendo:  
 treinta y tres años vivió  
 sanando muchos enfermos  
 pedricando siempre bien  
 y á la postre consintiendo  
 el martirio de la Cruz  
 en pago de tanto afeutu,  
 que nadie tuvo otro igual  
 porque su postrer alientu  
 fué, Juan, para perdonar  
 á los sus verdugos mismos.  
 A todos quiso salvar  
 á todos nos dió el ejemplo  
 enseñónos el camino  
 y pa todos hizo el cielo,  
 á todos y á cada uno  
 mide por igual raseru.  
 JUAN. Pues por eso digo yo  
 que todos iguales semos.  
 GASPAR. Iguales, sí; pero escucha  
 lo que te dice este viejo.  
 Semos iguales los omes  
 porque llorando nacemos  
 y nacemos pa llorar  
 hasta el punto en que morremos.  
 Porque no hay ninguno, Juan,  
 que no tenga un sufrimiento.  
 JUAN. Y el que está rico ¿qué tiene?  
 GASPAR. Cuidados y desconsuelu.  
 Unas veces la ambicion

quita á los ricos el sueñu:  
otras las enfermedades  
no le dejan con sosiego;  
otros viene una desgracia  
ó llegan catorce á un tiempo;  
á veces los mismos hijos  
dan á los padres tormentu.

En fin, solo el que obra bien  
es quien vive satisfechu,  
porque solo la virtud  
es tesoro verdadero  
que hace florecer al alma  
y le dá fuerzas al cuerpo.

Por lo demás ya lo ves  
unos hombres son pequeños  
otros gordos, otros flacos  
otros flojos, otros prietos;  
unos puestos á segar  
siegan como cuatro á un tiempu.

Otros son unos borricos  
sin dos adarmes de sesu.  
Háilos tan caritativos  
que de sí no tienen duelu;  
háilos ladrones, borrachos,  
jugadores y moceros.

Ahora Juan haste tu el amo  
del mundo: en este momentu  
reparte las tierras todes  
y estando el reparto fechu  
antes que puedas rezar  
ni si quiera un Padre nuestru  
quedará tanta igualdá  
como figos en un fresnu.  
Despues de que cada cual  
haga de su capa un cestu  
el que gastó su fortuna  
querrá otro repartimentu  
y volverá á consumirlo  
y vuelta á gritar de nuevo.

No hay que mirar solo arriba  
sino pa bajo y pa en mediu.  
El que vive de lo suyo  
á vivir tiene derechu.  
¿Qué era diez años atrás  
Don Toribiu de Moredo?  
Era un pobre como tú  
y respetando lo ageno  
en fuerza de su trabajo  
llegó á ser un caballero.  
¿Y Blas? ¿te acuerdas de Blas  
el pastor de Navariegu?  
por su ciencia y sus virtudes  
Obispo le tienes fechu.

No tan solo con la azada  
se gana el hombre el sustento,  
sino hubiera cirujanos  
¿dónde iría tu pellejo?  
Si el abogado no estudia  
si no hay un juez justiciero  
¿quién podrá librate el día  
que un pillo te arme un enriedu?

JUAN. Que trabaje todo el mundo  
es lo que dice el impresu

y se acaben los señores  
que se fartan con lo nuestru.

GASPAR. Justo, y si viene tu hijo  
de América rico y hechu  
un señoron con lo suyo  
pues lo ganó en el comerciu  
trabajando veinte años.  
Si al emplear su dinero  
compra casa y compra tierras,  
grita tu por todo el reinu  
diciendo «venid muchachos  
*Aquí hay un señor completo  
repartios su caudal  
que no disfrute lo vuestro.*

Y si tu hijo se muere  
sin dejar otro heredero  
mas que tu, grita tambien  
«Tomadlo todito enteru  
que pues lo ganó mi hijo  
no debo yo proseerlo.»

JUAN. Eso fora una injusticia.

GASPAR. Pues eso enseña el impresu.  
Mas valiera que enseñara  
otras cosas el maestru  
que escribió ese papeluchu  
lleno de tantos enriedos.  
Más le valiera pedir  
que se acaben los perversos  
que quieren vivir sin ley  
sin trabajo y sin gobiernu  
y atiborrarse de vinu  
á costa del taberneru  
y tener veinte mugeres  
y merendarse lo ageno.  
Esos que viven sin Dios  
y se burlan del infiernu  
y adulan á los pobretes  
por llenar ellos el cestu.

Los pobres no son de agora  
habrálos en todo tiempo:  
dijolo quien no se engaña  
el que murió en un maderu  
por pedricar la justicia  
la libertad y el derechu,  
condenando á los ladrones,  
borrachos y mugeriegos,  
asesinos y perjuros  
y mandando dar respetu  
á los padres y á las madres  
y á las canas de los viejos;  
quien dijo «non codicieis  
*aquello que nos es vuestro:*»  
quien quiere que hagamos bien  
á los malos y á los buenos:  
el Dios de la Caridá  
el que hace grande al pequeño.  
Pero el hombre nació malu  
des que Adan faltó al preceptu  
y resístese á poner  
á sus pasiones un frenu.  
He aquí porque luego dicen  
que *Dios non es más que un  
cuentu.*

Al que te dió ese papel  
que trata á Dios con despreciu  
dile tu que la igualdá  
se encuentra en los manda.

[mientus;  
que sin Dios no se hace nada  
por que Dios es siempre el  
[dueñu;  
que el reparto que ellos quieren  
no es más que el robo perpetuo;  
que con la Iglesia no acaba  
todo el poder del Infiernu  
y que haciéndose cristianos  
se hacen dichosos los pueblos.

Rogamos al SR. D. MARCELINO FLORES au-  
tor del precioso romance asturiano que pre-  
cede, que nos dispense las variaciones in-  
troducidas y la forma en que lo presenta-  
mos para ponerlo al alcance de los que no  
conocen el dialecto.

## Dios es justo

Cuando los pueblos locos y desalenta-  
dos se olvidan de que hay un Dios próvi-  
do y justo, á quien deben de temer y a-  
mar á un tiempo mismo, El les recuerda  
con castigos atroces que no son dueños  
de trastornar el orden que el Criador im-  
puso á sus criaturas.

Por nuestra desgracia nos ha cabido  
nacer en una época en que los encarga-  
dos de vigilar por el cumplimiento de las  
leyes, consienten que en libros y periód-  
cos, en discursos y conversaciones, en  
caricaturas, pinturas y por medio de las  
letras y las artes todas que Dios nos dió  
para que cada día de nuestra vida ad-  
ráramos más su infinita belleza y saber,  
uniéndonos más cada día á El, fuente de  
todo bien; se le insulta y blasfema, se  
procura aherrojarle del dominio de lo que  
es suyo de la posesion del respeto y amor  
que le debemos sus criaturas.

¿Qué de extraño tiene que la mano de  
su justicia se deje sentir?

¿Por ventura no recordamos cómo hizo  
sentir al pueblo judío las consecuencias  
de su prevaricación? ¿No recordamos en  
la historia los castigos que han sufrido  
las naciones cuando olvidadas de sus de-  
beres se han entregado á la disolución?

Pues bien ¿qué otra cosa que una na-  
cion en el más completo estado de ab-  
yección es hoy esta desdichada patria  
nuestra?

Por esto nos admiramos cuando oimos  
que con lo pasado basta para contener el  
brazo que nos castiga. ¿Que ilusiones!  
Mientras no demos pruebas de arrepen-

timiento restableciendo el orden social, harto perturbado y se moralice esta sociedad tan degradada, no puede aplacarse la infinita justicia. Y á la cuenta, no se ha logrado siquiera que abramos los ojos con las desventuras que padecemos de algun tiempo á esta parte.

Claro es que como las calamidades hasta hoy sufridas por España, son allá al otro lado de los mares, sin duda la sangre allí derramada no ha bastado para que sintamos nuestra desventura y la lloremos, pero como lloran los hombres; que es arrepintiéndonos de las culpas que nos han traído á tal estado, emprendiendo al mismo tiempo con resolución y energía el camino que nos aparte de ellas. Pero como esto no sucede, es de justicia y necesario que nosotros también nos demos cuenta viendo y sintiendo el castigo de nuestras maldades, y por consiguiente que la guerra, hambre y peste se dejen sentir aquí en la península para escarmisnto del sinnúmero de españoles á quienes no les duelen los males sino cuando ellos personalmente los padecen.

No somos nosotros solos los que prevenimos desgracias, vean sinó nuestros lectores lo que escribe un periódico liberal:

«Hay quien cree que España, despues de perdido el imperio colonial, podrá, á lo menos, vegetar tranquila, sin que la perturbe el recelo de nuevos quebrantos ó de nuevas mutilacione.

Error grande.

La guerra que ahora concluye ha sido el prólogo de conflictos mayores, en los cuales habremos de vernos envueltos, sea cual fuere nuestro propósito de vivir aislados.»

Vengan, vengan esas y todas las calamidades porque todas ellas reunidas, no llegan á ser tan gran mal como el estado de envilecimiento en que vivimos; y que han de llegar tiene que ser cierto, porque si Dios no nos deja de su mano, ha de castigarnos hasta que esta corrompida sociedad se regenere, porque Dios es justo.

La Constanca.

### ESCELENTE PENSAMIENTO

Nos adherimos con toda nuestra alma al que acaba de exponer una revista católica cuyo nombre ignoramos (pues lo copiamos de otra) refiriéndose á la lucha contra la revolución.

Dice así el colega refiriéndose á la prensa.

«Por esto deben procurar todos los buenos no proteger en nada ni por nada á los periódicos, revistas, libros tiendas y comercios que pertenezcan ó esten dirigidos y administrados por sujetos que no sean reco-

mendables, y debe hacerse caso de conciencia este consejo mucho más en las poblaciones en que los haya de la propiedad de buenos católicos. *La guerra ha de ser eficaz.* Los periódicos católicos debieran dedicar una sección á recomendar los establecimientos católicos, cuidando de desenmascarar á los hipócritas. Hay mucho dinero que sale de los buenos y va á auxiliar á los malvados. Protección mutua entre los nuestros; y guerra racional y firme á los contrarios.»

Eso, eso; guerra y guerra eficaz dirigida principalmente al bolsillo que es el órgano mas sensible de la revolucion masónica-liberal.

Si los miles de miles de católicos que llevan ese nombre y se muestran indiferentes á esa lucha salieran de su punible indiferencia, ya verian como se amansaba la fiera.

Pero esos católicos por desgracia han perdido la fé ó han olvidado aquella terrible amenaza de Jesucristo «A aquel que no me confiese delante de los hombres, no le confesaré yo delante de mi Padre que está en los cielos.»

## Los dogos de la Señá Carmela

Así se llamaban las tres hijas de aquella comadre mia que esté en gloria, que aun me parece estar viendo con su mantilla de tiras, su coleccion de sortijas falsas, su abanico de hueso con espejillos y su andar de pato cebado, que á cada movimiento le hacia temblar las carnes como pastelon de gelatina.

Mi comadre la señá Carmela era una comadre tipo.

El llamar las gentes dogos á sus hijas tenia por fundamento las tres narices de las muchachas que parecian tres berzas de Aragon, y sus tres bocas que podian facilitar comodo paso al tiro de una diligencia. Sin embargo, aun tenian su atractivo, y aun habia quien corrian cielos y tierra por hacerlas carantoñas.

A creer á la señá Carmela, sus hijas tenian los novios más espesos que lo estaban las ranas en Egipto cuando aquello de las diez plagas.

Esta comparacion era exacta, porque los futuros yernos de la señá Carmela eran una verdadera plaga. Generalmente eran caballeretes de levita, y esto éra lo que llenaba el ojo á mi comadre. ¡Oh! ¡la levita! ¡sublime aditamento!

En decir levita se venia abajo la casa de la señá Carmela. ¡Qué jolgorio! ¡qué alegría! ¡qué ponerse sortijas la madre! y las chicas ¡qué manera de enseñar los dientes y de abrir aquellas bocas de pescado de sopa!

A pesar de estas debilidades no dejaba yo de tener afecto á aquella pobre familia. El marido de Carmela, antiguo sargento retirado con el grado de alférez y con una cruz pensionada por méritos de guerra, (sin duda por la que le daba su mujer) habíase portado muy bien conmigo en cierta ocasion y por eso siempre le miré con cariño. De aquí vino tambien el que sacara de pila á la mayor de las muchachas.

Despues murió él, y continué favoreciendo lo que pude á la familia y aconsejando en todas ocasiones á la viuda que procurase mirar mucho por la educacion de sus hijas.

—Déjese V. de vanidades, señá Carmela,

la decia yo cada vez que me hablaba de *noviajes*; el matrimonio no es un negocio, sino un sacramento; y si no se mira por el lado derecho, casi siempre sale torcido. Más vale una chaqueta honrada que una levita llena de vicios: ni el dinero ni el boato dan la felicidad: en tener para vivir en paz y gracia de Dios ya puede asegurarse que se alcanzó toda la de la tierra: y lo cierto es, tia Carmela, que solo trabajando es como se llega honradamente á tener algo en este mundo y á conseguir que ese algo no se vaya.

No diga V. eso, me contestaba la tia Carmela, adivinando á donde iban los tiros,— porque yo conozco muchos que trabajan y no tienen camisa.

—Eso consiste....

—¿En qué consiste? preguntaba la tia Carmela.

—En que son unos *descamisados*.

—Vaya una salida de Perogrullo.

—No tanto, tia Carmela. *Descamisado*, quiere decir hombre que no tiene camisa, porque no quiere tenerla. Esos trabajadores que V. conoce ¿beben? ¿juegan? ¿fuman? ¿gastan rumbo?

—Algo hay de eso.

—Pues entonces vaya V. á la taberna, al al estanco, al bazar ó al garito y allí encontrará V. la camisa que les falta.

—Un triste jornal no da para nada.

—No hay jornal corto que no pueda alargarse por la virtud y la economia, ni renta larga que no acortera tarde ó temprano los vicios y el abandono. Tia Carmela, no se hága V. ilusiones. Mire V. siempre las cosas por el lado de la verdad y las verá claras. El matrimonio es una carga, cuyo peso principal, que son los hijos, hay que subir á un monte muy alto, que es el de la buena educacion. Para sufrir esa carga y llevar esa cruz se juntan dos y aun así no pueden llevarla si no marchan muy uninos. La *union*, pues, no solo del cuerpo sino del alma es lo que constituye la esencia del matrimonio: esa union de fuerzas y voluntades dirigida á tan altísimo fin como es la santificación de la familia, por la gracia del Sacramento, es lo principal; lo demás es decir; la hermosura, el dinero, la posicion etc. es secundario y solo se dá como medio segun conviene.

—De manera que V., señor mio, en materia de matrimonio no tiene para nada el gusto.

—Válgame Dios, tia Carmela, pues ¡no he de tenerlo! solo que yo entiendo, que el gusto en el matrimonio es como el jarabe en las purgas; que solo se pone para que pasen.

—Vaya una comparacion. refunfuñó la tia Carmela, que á pesar de sus sesenta años, aun la veia yo en ojos de volver á purgarse aunque fuera con jalapa,—una es madre y ha de darle gusto á sus hijas; todo no han de ser ser sermones.

—Yo no digo que todo sean sermones, sino que se aproveche el tiempo en que pueda dárselas consejos. En los *noviajes*, tia Carmela, hay un primer periodo, en que la *vigilancia* y el consejo pueden hacer mucho. En ese tiempo, en que el corazon de los hijos aun no se ha interesado, tienen los padres estrecha obligacion de apartarlos de los peligros á que pueda llevarlos su inesperienza, haciéndoles comprender que no está la felicidad en los falsos espejismos de la vanidad, ni en el ruido del dinero, ni en el incentivo de los placeres. Y que si en el matrimonio puede muchas veces prescindirse de la hermosura del cuerpo, jamas, por ningun concepto, debe prescindirse de la hermosura del alma, porque sin esta hermosura todo está perdido.

—¡Ah! en eso de hermosura, saltaba la tia Carmela toman do el rabano por las ho-

jas, me precio de tener buen gusto, ¡Si conociese V. al novio que tiene ahora mi Gerónima!

—Vaya V. con Dios Carmela, contestaba yo, cansado de predicar en desierto y acordándome de la razón con que le habían dado á mi compadre la cruz pensionada por méritos de guerra.

En efecto, el tiempo pasó y todos mis consejos fueron vanos. Conforme fueron creciendo los *dogos* se fué poniendo la casa del difunto veterano hecha un completo burdel. Aquello á todas horas era un infierno de cantos y bailoteos.

—Mire V., me decía un maestro chocolatero muy pacífico, que vivía en la casa contigua; no me dejan dormir de peso ninguna noche; como necesito madrugar, me acuesto temprano; pero ¡que si quieres! todo es dar vueltas en la cama. Anoche estuvieron cantando habaneras hasta las dos de la mañana.—Y que voy á hacer! No tengo más remedio. Quiere decir, que á esa hora me levanto y me pongo á moler.

—¿A los demás vecinos?

—No, Señor el chocolate; vaya un ruido por el otro.

Por lo dicho podrá comprenderse los funestos efectos del desorden de la casa de la tía Carmela.

Dijo un sabio, que en materia de desórdenes, no hay ninguno que no traiga cola. La de la necia conducta observada respecto de sus hijas por la casquivana viuda del estanquero fué bien larga y desdichada. Es una historia triste como la de todos los matrimonios guisados por el *demonio* en la sartén del mundo con el fuego de la carne.

—¿Sabe V. que caso á las chicas? dijo un día la tía Carmela entrando en mi casa con la cara llena de satisfacción.

—Para bien que sea, hija mía: supongo habrá V. recordado mis consejos.

—No soy tonta, señor; mis hijas se casan con personas de posición. Mire V.; la Gerónima, esa es muy lista; ha pescado el mejor: Se casa con el joven aquel que estaba de dependiente principal en la tienda del *Aguila Rapante*.

—¿Cáscaras! esa tienda que ha quebrado tres veces.

—¡Ah! es un gran casamiento. Es lo que dice el amo del *Aguila*: el día que se vaya este chico, se van mis pies y mis manos,

—¿Con uñas y todo! tal vez tenga razón. Y ¿con qué cuenta para establecerse?

—Con la mano que le dá una casa de Barcelona.

—¡Pobre mano!

—Pues mi Adelaida tampoco va mal: se casa con un Señor empleado: un chico que vale un arma real; lá cadena de oro que lleva es así como el puño, aunque sea mala comparación.

—¿Qué sueldo tiene?

—Tres mil reales.

—Pues dígame V., que lleve cuidado no se le baje la cadena al pié y se le quede en el tobillo.

—Mi Rosario es la que no ha sabido lo que se ha hecho.

—¿Cómo es eso?

—Se casa con un herrero. Y diga V. si tenía novios decentes.

—Pues ¿qué un herrero no es decente?

—Entiéndame V. hombre.

—Demasiado la entiendo á V., mujer ¡infeliz mujer! ¡ojalá! se entendiese V. á sí misma como la entiendo yo!

\* \*

Después de esta conversación pasaron bastantes años. Los *dogos* mayores de mi compadre se habían marchado á vivir á Madrid acompañadas de sus *flamantísimos esposos*.

Ricardo que este era el novelesco nombre del marido de la Gerónima, iba á abrir, según decía, un gran bazar con la mano que le daba la casa de Barcelona.

Contando ya con las utilidades del bazar al tiempo de marcharse le puso gorro á su mujer y le compró un reloj, que maldito de lo que servía, porque Gerónima nunca entendió la hora.

Por su parte Adelaida y el empleado de la cadena se fueron también llenos de ilusiones. Tenía ya como seguro un gran destino que les iba á proporcionar un tío suyo; hombre de mucha influencia en Palacio (sin duda con los cocheros).

La madre, por supuesto, marchó con esta nobilísima parte de la familia. Cuando menos, se veía ya la ex-estancuquera convertida en azafata de la Reina y emparentada con lo mejor de la aristocracia. ¡Tanto puede en ciertas gentes la vanidad y el deseo de salir de la clase en que nacieron!

La única persona que no entendió nunca de estas cosas fué la pobre Rosario. Esta, decía la madre que era una muchacha prosaica. Unida al herrero de sus pensamientos, y convencida de que la mejor aspiración que podemos tener en este mundo es la de cumplir con nuestro deber y poner el corazón en Dios que siempre se encarga de dar lo demás que falta, vivía tranquila sin acordarse de que pudiese haber en la tierra otras personas más felices que ella.

Mas he aquí, que un día se me presentó muy llorosa y afligida.

—Que tienes Rosario, le pregunté con ese interés que siempre me han inspirado las personas dignas, que sin dejar de ser pobres han aprendido á ser nobles por medio de la virtud y el trabajo, bases en que estriba la nobleza verdadera,

—Señor; tengo una gran aflicción: lea V. esta carta.

Cogí la carta y leí ¡Pobre Rosario!, tenía motivo para afligirse.

Su familia, aquella familia que había marchado á Madrid cuajada de lazos, sortijas y perifollos, casi no existía. En el tiempo transcurrido sin saber de ella, había sido herida y arrollada por ese huracán del mundo que rara vez deja en pié aquello que saliendo de su nivel tiende á elevarse.

La señora Carmela, sus hijas y sus yernos, pobres espigas sembradas por la providencia en el humildísimo banal del pueblo, habían querido sacar la cabeza sin tener en cuenta la debilidad de su tallo, y habían sido quebradas y convertidas en polvo. La señora Carmela había muerto en el hospital. El marido de Adelaida estaba en presidio por estafador. Gerónima y su marido habían desaparecido acosados por sus acreedores á consecuencia de una quiebra fraudulenta. La que escribía era Adelaida; estaba tísica: se moría; tenía una hija única y se la recomendaba á la mujer del herrero. ¡Cosas de la providencia!

Afortunadamente el herrero que era decente (contra las opiniones de su suegra,) recogió lo que pudo de sus modestísimos ahorros, fué á Madrid, cerró los ojos á su cuñada y se trajo á la niña para criarla como otra de sus hijas.

\* \*

—¿Qué hace V., maestro? le pregunta hoy un día viéndole muy afanado construyendo una cajita de hierro con su correspondiente cerradura.

—Estoy haciendo una caja para depositar la dote que le guardo á mi sobrinita y á mis hijas.

—Pequeña debe ser; dije riéndome, al ver el diminuto tamaño de aquel mueble.

—Lo suficiente para asegurarles el porvenir.

Entonces abrió la cajilla y sacó de ella un papel. Aquel papel era la carta de Adelaida moribunda, pidiendo auxilio á la pobreza de su Cuñado.

Al pié de ella había escrito el *decentísimo* herrero la siguiente máxima en letras algo tortuosas pero bien inteligibles

Hijas de mi corazón:

Cuando en el mundo os quedeis

Solas, jamás olvideis

Esta severa lección.

¡Ay! de aquél que en su ambición

Y por salir de su esfera,

Tras de soñada quimera

Su clase y patria abandona!

Que no aguarde mas corona,

Que el martirio que le espera.

ADOLFO CLAVARANA

## PENSAMIENTOS

No es menester ser sabio para saber de qué modo se debe obrar: basta ser bueno.

S. Labronsse.

La perfección de las costumbres consiste en vivir cada día como si fuera el último: sin turbación, sin cobardía y sin disimulo.

Marco Aurelio,

No se consigue la popularidad socorriendo las necesidades de algunos individuos, sino halagando las pasiones de la muchedumbre.

E. Je Girardin.

MI VIAJE A OCEANIA.—Así se llama la última obra que ha dado á luz el insigne Capuchino. Fr. Ambrosio de Valencia. Oportuno ha estado el autor al describir la Historia de las Misiones de los PP. Capuchinos en las Islas Carolinas, los servicios prestados por los mismos, las costumbres de los indios, la vejetación de aquellas tierras y otros datos curiosos que no dejan de ser importante ahora que tanto se habla de los *frailes* del Archipiélago.

Precio 75 céntimos.—Los pedidos acompañados de su importe á D. Juan de la Fuente. C. de Capuchinos.—SEVILLA.

## LA LECTURA POPULAR

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, obreros, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos enales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartillos y octavos de acción.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción. . . . . 4 pesetas mensuales

Media id. . . . . 2 . . . . .

Un cuarto id. . . . . 1 . . . . .

Un octavo id. . . . . 0'50 . . . . .

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las de otras ciudades católicas.